LIBRO dot.com

SELECCIÓN POÉTICA
CESARE PAVESE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CESARE PAVESE

SELECCIÓN POÉTICA

VENDRÁ LA MUERTE
Y TENDRÁ TUS OJOS

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
esta muerte que nos acompaña
desde el alba a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un absurdo defecto. Tus ojos
serán una palabra inútil,
un grito callado, un silencio.
Así los ves cada mañana
cuando sola te inclinas
ante el espejo. Oh, amada esperanza,
aquel día sabremos, también,
que eres la vida y eres la nada.

Para todos tiene la muerte una mirada.
Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
Será como dejar un vicio,
como ver en el espejo
asomar un rostro muerto,
como escuchar un labio ya cerrado.
Mudos, descenderemos al abismo.

CELOS

1

Uno se sienta de frente y se vacían los primeros vasos
lentamente, contemplando fijamente al rival con adversa mirada.

Después se espera el borboteo del vino. Se mira al vacío,
Bromeando. Si tiemblan todavía los músculos,
también le tiemblan al rival. Hay que esforzarse
para no beber de un trago y embriagarse de golpe.

Allende el bosque, se oye el bailable y se ven faroles
bamboleantes -sólo han quedado mujeres
en el entarimado. El bofetón asestado a la rubia
congregó a todo el mundo para regodearse con el lance.
Los rivales notaban en la boca un gusto de rabia
y de sangre; ahora notan el gusto del vino.
Para liarse a golpes, es preciso estar solos,
como para hacer el amor, pero siempre está la noche.

En el entarimado, los faroles de papel y las mujeres
no están quietos con el aire fresco. La rubia, nerviosa,
se sienta e intenta reír, pero se imagina un prado
en que los dos contienden y se desangran.
Les ha oído vocear más allá de la vegetación.
Melancólica, sobre el entarimado, una pareja de mujeres
pasea en círculo; alguna que otra rodea a la rubia
y se informan acerca de si en verdad le duele la cara.

Para liarse a golpes es preciso estar solos.
Entre los compañeros siempre hay alguno que charla
y es objeto de bromas. La porfía del vino
ni siquiera es un desahogo: uno nota la rabia
borboteando en el eructo y quemando el gaznate.
El rival, más sosegado, ase el vaso
y lo apura sin interrupción. Ha trasegado un litro
y acomete el segundo. El calor de la sangre,
al igual que una estufa, seca pronto los vasos.
Los compañeros en derredor tienen rostros lívidos
y oscilantes, las voces apenas se oyen.
Se busca el vaso y no está. Por esta noche

-incluso venciendo- la rubia regresa sola a casa.

2

El viejo tiene la tierra durante el día y, de noche,
tiene una mujer que es suya -que hasta ayer fue suya.
Le gustaba desnudarla, como quien abre la tierra,
y mirarla largo tiempo, boca arriba en la sombra,
esperando. La mujer sonreía con sus ojos cerrados.

Se ha sentado el viejo esta noche al borde
de su campo desnudo, pero no escruta la mancha
del seto lejano, no extiende su mano
para arrancar la hierba. Contempla entre los surcos
un pensamiento candente. La tierra revela
si alguien ha colocado sus manos sobre ella y la ha violado:
lo revela incluso en la oscuridad. Más no hay mujer viviente
que conserve el vestigio del abrazo del hombre.

El viejo ha advertido que la mujer sonríe
únicamente con los ojos cerrados, esperando supina,
y comprende de pronto que sobre su joven cuerpo
pasa, en sueños, el abrazo de otro recuerdo.
El viejo ya no contempla el campo en la sombra.
Se ha arrodillado, estrechando la tierra
como si fuese una mujer que supiera hablar.
Pero la mujer, tendida en la sombra, no habla.

Allí donde está tendida, con los ojos cerrados, la mujer no habla
ni sonríe, esta noche, desde la boca torcida
al hombro lívido. Revela en su cuerpo,
finalmente, el abrazo de un hombre: el único
que podría dejarle huella y que le ha borrado la sonrisa.

FIN DE FANTASÍA

Este cuerpo no volverá a empezar de nuevo. Al tocar las
cuencas de sus ojos,
uno nota que un montón de tierra está más vivo,
ya que, incluso al alba, la tierra no hace sino guardar
silencio en su interior.
Pero un cadáver es un resto de demasiados despertares.

No tenemos más que esta virtud: comenzar
cada día la vida -ante la tierra,
bajo un cielo que calla-, esperando un despertar.
Se asombra alguien de que el alba implique tanto esfuerzo;
de despertar en despertar, una labor ha sido efectuada.
Pero vivimos solamente para darnos en un estremecimiento
al trabajo futuro y despertar, de una vez, la tierra.
Y alguna vez ocurre. Después vuelve a callar con nosotros.

Si al rozar aquel rostro la mano no estuviese insegura
-viva mano que siente la vida si toca-,
si de veras aquel frío no fuese otra cosa que el frío
de la tierra, en el alba que hiela la tierra,
tal vez eso sería un despertar y las cosas que callan
bajo el alba dirían todavía palabras. Pero tiembla
mi mano y entre todas las cosas se asemeja
a la mano inmóvil.
Otras veces, despertarse al alba
era un dolor seco, un jirón de luz,
pero era asimismo una liberación. La avara palabra
de la tierra era alegre, en un rápido instante,
y morir era todavía regresar a ella. Ahora, el cuerpo que
espera
es un resto de demasiados despertares y no regresa a la tierra.
Ni siquiera lo dicen los labios endurecidos.

TRABAJAR CANSA

Los dos tendidos sobre la hierba, vestidos, se miran a la cara
entre los tallos delgados: la mujer le muerde los cabellos muerde la hierba.
Entre la hierba, sonríe turbada.
Coge el hombre su mano delgada y la muerde
y se apoya en su cuerpo. Ella le echa, haciéndole dar tumbos.
La mitad de aquel prado queda, así enmarañada.
La muchacha, sentada, se acicala el peinado
y no mira al compañero, tendido, con los ojos abiertos.
Los dos, ante una mesita. se miran a la cara
por la tarde y los transeúntes no cesan de pasar.
De vez en cuando, les distrae un color más alegre.
De vez en cuando, él piensa en el inútil día
de descanso, dilapidado en acosar a esa mujer
que es feliz al estar a su vera y mirarle a los ojos.
Si con su pie le toca la pierna, bien sabe
que mutuamente se envían miradas de sorpresa
y una sonrisa, y que la mujer es feliz. Otras mujeres que pasan
no le miran el rostro, pero esta noche por lo menos
se desnudarán por un hombre. O es que acaso las mujeres
sólo aman a quien malgasta su tiempo por nada.
Se han perseguido todo el día y la mujer tiene aún las mejillas
enrojecidas por el sol. En su corazón le guarda gratitud.
Ella recuerda un besazo rabioso intercambiado en un bosque
Interrumpido por un rumor de pasos, y que todavía le quema.
Estrecha consigo el verde ramillete -recogido de la roca
de una cueva- de hermoso adianto y envuelve al compañero
con una mirada embelesada. El mira fijamente la maraña
de tallos negruzcos entre el verde tembloroso
y vuelve a asaltarle el deseo de la otra maraña
-presentida en el regazo del vestido claro-
y la mujer no lo advierte. Ni siquiera la violencia

le sirve, porque la muchacha, que le ama, contiene
cada asalto con un beso y le coge las manos.
Pero esta noche, una vez la haya dejado, sabe dónde irá: volverá a casa,
atolondrado y derrengado,
pero saboreará por lo menos en el cuerpo saciado
la dulzura del sueño sobre el lecho desierto.
Solamente -y ésta será su venganza- se imaginará
que aquel cuerpo de mujer que hará suyo
será, lujurioso y sin pudor alguno, el de ella.

Tolerancia

Llueve sin ruido sobre el prado del mar.
Nadie transita por las sucias calles.
Una mujer sola descendió del tren:
bajo el abrigo se vio la blanca enagua
y las piernas desaparecieron en el portal oscuro.
Se diría una aldea sumergida. La noche
gotea fría sobre los umbrales, y las casas
esparcen humo azul entre la sombra. Rojizas,
las ventanas se encienden. También brilla una luz
tras los entornados postigos de la casa oscura.
Al día siguiente hace frío, y está el sol sobre el mar.
La mujer, en enaguas, se lava la boca
en la fuente, y la espuma es rosada. Tiene el cabello
áspero y rubio, semejante a las pieles de naranja
esparcidas por el suelo. Protegida por la fuente, espía
a un chiquillo moreno que la mira embobado.
Negras mujeres abren de par en par postigos sobre la plaza
los maridos dormitan, todavía, en la sombra.
Cuando vuelve la noche, sigue la lluvia
crepitando en las brasas. Las esposas,
aventando el carbón, dirigen sus miradas

hacia la casa oscura y la fuente desierta. La casa
tiene cerrados los postigos, pero dentro hay un lecho,
y en el lecho una rubia que se gana la vida.
Todos los de la aldea reposan, por la noche,
todos, menos la rubia que se lava en el alba.

EL PARAISO SOBRE LOS TEJADOS

Será un día tranquilo, de luz fría
como el sol que nace o muere, y el cristal
cerrará el aire sucio fuera del cielo.

Se nos despierta una mañana, una vez para siempre,
en la tibieza del último sueño: la sombra
será como la tibieza. Llenará la estancia,
por la gran ventana, un cielo más grande.
Desde la escalera, subida una vez para siempre,
no llegarán voces, ni rostros muertos.

No será necesario dejar el lecho.
Sólo el alba entrará en la estancia vacía.
Bastará la ventana para vestir cada cosa
con una tranquila claridad, casi una luz.
Se posará una sombra descarnada sobre el rostro sumergido.

Será los recuerdos como grumos de sombra
aplastados como las viejas brasas
en el camino. El recuerdo será la llama
que todavía ayer mordía en los ojos apagados.

VERANO

Hay un jardín claro, entre bajos muros,
con yerba seca y luz que quema despacio
la tierra. Es una luz que sabe del mar.
Tú respiras esa hierba. Tocas los cabellos
y en ellos se agita el recuerdo.
He visto caer
muchos y dulces frutos sobre una hierba que conozco,
como un cuerpo en el agua. Así también tú
te sobresaltaste con un vuelco del corazón. Mueves la cabeza
como si alrededor sucediese un prodigio en el aire,
y el prodigio eres tú. Hay un sabor igual
en tus ojos y en el cálido recuerdo.
Escucha.
Las palabras que escuchas apenas te afectan.
En tu rostro apacible hay un claro pensamiento
que hace imaginar en tus hombros la luz del mar.
Hay en tu rostro un silencio que oprime el corazón
con el rumos de una caída y en él destila una pena antigua
como el jugo de los frutos caídos entonces.

EL PARAISO SOBRE LOS TEJADOS

Será un día tranquilo, de luz fría
como el sol que nace o muere, y el cristal
cerrará el aire sucio fuera del cielo.

Se nos despierta una mañana, una vez para siempre,
en la tibieza del último sueño: la sombra
será como la tibieza. Llenará la estancia,
por la gran ventana, un cielo más grande.
Desde la escalera, subida una vez para siempre,

no llegarán voces, ni rostros muertos.

No será necesario dejar el lecho.
Sólo el alba entrará en la estancia vacía.
Bastará la ventana para vestir cada cosa
con una tranquila claridad, casi una luz.
Se posará una sombra descarnada sobre el rostro sumergido.

Será los recuerdos como grumos de sombra
aplastados como las viejas brasas
en el camino. El recuerdo será la llama
que todavía ayer mordía en los ojos apagados.

DOS POESÍAS A T.

Las plantas del lago
te han visto una mañana.
Las piedras, las cabras, el sudor
están afuera de los días
como el agua del lago.
El dolor y el tumulto de los días
no rasguñan el lago.
Pasarán las mañanas,
pasarán las angustias,
otros sudores y piedras
te morderán la sangre
--no será siempre así.
Algo hallarás de nuevo.
Volverá una mañana
en que, tras el tumulto,
estés sola en el lago.

****

También tú eres el amor.
Eres de sangre y tierra
como los otros. Andas
como quien no se mueve
de la puerta de casa.
Miras como el que espera
y no ve. Eres tierra
que sufre y calla.
Te sobresaltas y fatigas,
tienes palabras --caminas
esperando. El amor
es tu sangre --no otra.

ALTER EGO

A cada hora del día yo veía el tatuaje
en su pecho sedoso: una mujer rojiza
hincada, como en un prado, en el pelo. Debajo
a ratos brama un tumulto, que turba a la mujer.
El día pasaba entre maldiciones y silencios.
Si la mujer no fuera un tatuaje, si viviera,
aferrada a ese pecho velludo, este hombre
mugiría más fuerte en la pequeña celda.

Con los ojos abiertos, tendido en la cama, callaba.
Un respirar profundo de mar ascendía
desde su cuerpo de grandes huesos sólidos: tendido
como en una cubierta. Pesaba sobre el lecho
como el que ha despertado y podría saltar.
Y su cuerpo, salado de espuma, chorreaba
una transpiración solar. En la pequeña celda

no cabía la amplitud de una mirada suya.
Si uno contemplaba sus manos, pensaba en la mujer.

EL VINO TINTO

Cada vez que me siento en el rincón de una fonda
a tomar mi grapita, no falta el pederasta
o los niños que gritan, el desempleado
o una bella muchacha que va por la calle
y todos me rompen el hilo del humo. «Así es, jovencito,
se lo digo en serio, trabajo en Lucento».
Y la voz, aquella voz angustiada del viejo
cuarentón –no lo sé– que me apretaba la mano
una noche de frío, y después me acompañó
hasta mi casa; jamás olvidaré mientras viva
ese tono de vieja corneta.
No me hablaba del vino; conversaba conmigo
porque yo había estudiado y fumaba la pipa.
«Y el que fuma la pipa», exclamaba temblando,
«nunca puede ser falso». Asentí con un gesto.
Ya de vuelta encontré muchachas más francas, más sanas,
con las piernas desnudas –yo tenía ya meses de ayuno–
y me casé solamente porque estaba embriagado
de su frescura; era un amor senil.
Me casé con la más musculosa, la más impertinente,
para sentir de nuevo la vida, para dejar de morir
detrás de un escritorio, en oficinas llenas de extraños.
Pero Nella fue para mí una extraña, y un cadete aviador
que la viera una vez le puso las manos encima.
Ya murió el canalla –aquel pobre muchacho–
al caerse su avión –no fui yo el canalla–.
Mi Nella tiene un niño –no sé si es hijo mío–;
es mujer de su casa y yo soy ahí un extraño

que no se atreve a hablar ni sabe alegrarla.
Tampoco habla ella, solamente me mira.
Lo curioso es que el hombre lloraba al contarlo,
como llora un borracho, con todo su cuerpo,
y, cayéndoseme encima, agregaba: «Entre nosotros
siempre habrá respeto», y yo, tiritando de frío,
intentaba alejarme tendiéndole la mano.
Da gusto chiquitear la grapita; otra cosa es
escuchar desahogos de un viejo impotente
que volvió de la guerra y nos pide perdón.
¿Pero qué satisfacciones tengo yo en la vida?
En serio se lo digo, trabajo en Lucento.
¿Pero qué satisfacciones tengo yo en la vida?

ERES COMO UNA TIERRA

Eres como una tierra
que nadie ha pronunciado.
Tú no esperas nada
salvo la palabra
que brotará del fondo
como un fruto entre las ramas.
Hay un viento que te alcanza.
Cosas secas y exánimes
te impiden el paso y van en el viento.
Miembros y palabras antiguas.
Tiemblas en el verano.

TÚ NO CONOCES LAS COLINAS

Tú no conoces las colinas
donde se derramó la sangre.
Todos huimos,

todos arrojamos
el arma y el nombre. Una mujer
nos miraba al huir.
Sólo uno de nosotros
se paró con el puño cerrado,
vio el cielo vacío,
inclinó la cabeza y murió
bajo el muro, callando.
Ahora no es más que un guiñapo de sangre
y su nombre. Una mujer
nos espera en las colinas.

Y ENTONCES NOSOTROS

Y entonces nosotros, cobardes,
que amábamos la tarde susurrante,
las casas,
los senderos sobre el río,
las luces rojas y sucias
de aquellos parajes, el dolor
endulzado y callado-
arrancamos las manos
de la viva cadena
y callamos, pero el corazón
se nos sobresaltó sangriento,
y ya no hubo dulzura,
ya no hubo abandono
en el sendero del río-
ya nunca más siervos, supimos
que estamos vivos y solos.

ERES LA TIERRA Y LA MUERTE

Eres la tierra y la muerte.
Tu estación es la oscuridad
y el silencio. No vive
cosa más lejana
que tú del alba.
Cuando pareces reanimarte
eres sólo dolor,
lo tienes en los ojos y en la sangre,
pero no sientes. Vives
como una piedra,
como la tierra dura.
Y te visten sueños,
movimientos, sollozos
que ignoras. El dolor,
como el agua de un lago,
tiembla y te circunda.
Hay círculos en el agua.
Dejas que se disipen.
Eres la tierra y la muerte.

REVUELTA

El muerto está retorcido y no mira las estrellas:
tiene los cabellos pegados al adoquinado. La noche es más
fría.
Los vivos regresan al hogar, todavía temblando.
Es difícil ir con ellos; se dispersan todos
y hay quien sube por una escalera y quien baja a la bodega.
Hay quien camina hasta el alba y se tumba en un prado
bajo el sol. Mañana alguien sonreirá
con desesperación en el trabajo. Más adelante, también
esto pasará.

Librodot

Cuando duermen, se asemejan al muerto: si hay también
una mujer,
el olor es más fuerte, pero se asemejan a muertos.
Los cuerpos, retorcidos, se aprietan contra el lecho
como contra el rojo empedrado: el largo cansancio
desde el alba bien merece una breve agonía.
Una sucia oscuridad se coagula sobre cada cuerpo.
Únicamente aquel muerto está tendido bajo las estrellas.
También parece muerto el manojo de harapos, que el sol
calienta con fuerza, apoyado contra el muro. Dormir
en la calle demuestra confianza en el mundo.
Hay una barba entre los harapos por los que corren moscas
sumamente ocupadas; por la calle, los transeúntes se
mueven
como moscas; el pordiosero forma parte de la calle.
La miseria recubre con barbas las sonrisas burlonas,
al igual que una hierba, y confiere aspecto sosegado. Ese
viejo
que podría morir retorcido, entre sangre,
parece, en cambio, una cosa y está vivo. De ese modo,
salvo la sangre, todo forma parte de la calle.
No obstante, las estrellas han visto sangre en la calle.

Cesare Pavese. 28 de febrero de 1935.

¿Cómo es posible que me hiciera tanto daño?
¿Ocurrió aquel día en que levantó el brazo para saludar
a no sé quién al otro lado de la calle?
¿O el día en que nadie vino a abrirme la puerta y,
al rato, apareció ella, con el pelo todo revuelto?
¿O el día en que estuvo de cuchicheos con él, en el embarcadero?
¿O los miles y miles de veces que me hizo ir y venir
de acá para allá a toda prisa?
Esto no tiene nada que ver con la estética; esto es la aflicción.

Yo quería contar mis recuerdos de los momentos felices
y todo lo que me viene a la memoria son esos momentos
de dolor lacerante por los que he pasado.
No importa, también vienen bien a estos efectos.
Mi historia de amor con ella no está hecha de escenas dramáticas
sino de momentos plagados de las más sutiles percepciones.
Así debería ser un poema. Pero es un dolor espantoso.

****